

Por **IGNACIO AGUSTI**

señor del fuego

HAN visto ustedes alguna vez un incendio en un bosque? Yo mismo contemplé la pujanza de uno de ellos, ayer al anochecer. El espectáculo es impresionante. Mi posición respecto a ese fuego, me permitía verlo en toda su dimensión, alcanzando vastas extensiones de tierra, allá en lo alto. Consumía muchas hectáreas de vida vegetal y cubría una porción muy ancha del monte. A medida que la luz decrecía, a medida que la silueta de la montaña se azulaba y ennegrecía parecía que el fuego fuera creciendo en vigor. Lo que al principio eran finas lengüetadas de oro que surgían de la densa humareda, se fue convirtiendo en una lámina muy intensa de luz rojiza y, al fin, de pura lava candente y desbocada. Ya en plena noche, ese fuego fue un espectáculo colosal, una imagen imborrable. La distancia no permitía escuchar el fragor de ese incendio. Pero se veía cruzar por los aires a pilas hirvientes que iban a prender en otros tramos más alejados de fronda, en un contagio veloz. Todo el monte adquirió un tinte rojizo y fue teñido de una densa luz crepitante y moribunda. El cielo se tornasoló y quedó manchado en un ancho dosel iluminado y rojo. Pensábamos en la agitación y el denuevo de los que intentarían dominarlo. Pero, ¿quién domina al fuego? Aquello era el campo desamparado, el solitario campo de los silenciosos y de las sequías. Era difícil acceder a aquel lugar, de quebradas y desmontes. La roca viva debía arder, sin remedio y sin agua. Sólo una tormenta fulminante lograría, tal vez, sosegar aquella inundación de luz.

Hay pocos acontecimientos tan impresionantes como el fuego. El hombre pasaría centenares de siglos sin acertar a comprender las razones de este fenómeno. Por eso el fuego fue confundido con la primera idea de Dios que el hombre tuvo. Y aún Dios mismo se presentó a Moisés en forma de fuego, como una zarza que ardía sin consumición. Dios era el fuego y una voz. Las deidades y los mitos vivían cerca de los volcanes, a la falda del gran fenómeno inexplicable que es el fuego, esta ascendencia metafísica del fuego, cuyas raíces misteriosas eran el secreto mismo de la creación, humilló al hombre y le hizo triscar lentamente hacia una conciencia de individualidad y de autonomía. Pero es esta misma entraña misteriosa que tiene el fuego la que hace de él un incentivo alegre, paradójicamente alegre, a la consideración de los hombres. Aquí, en este país, se juega con el fuego; y el fuego constituye para algunos de nosotros un elemento imprevisto de distensión y de jarana.

Cuando era chico, presencié una vez un incendio impresionante. Quemaban los bosques lindantes a nuestra propia casa. Era una mañana de agosto, cálida, pero a la que cruzaban de vez en cuando raudas bocanadas de viento. El fuego pegaba dentelladas imprevistas a uno y otro lado de una foresta tupida y seca. Todo el ámbito, en una larga extensión, crepitaba y exhubaba un tufo siniestro. Repicaron las campanas de la iglesia del pueblo y al cabo de poco empezaban a llegar al barrio docenas y centenares de hombres. Iban armados con toda suerte de útiles. Llegaban del campo, bañados en sudor. Se oía por toda la comarca un ulular de voces y de gritos, y era que el fuego les asociaba en una empresa durante, que les enardecía y exaltaba. Medio desnudos, se mezclaban a las brasas en una especie de euforia

indómita y con una alegría casi sensual. Aquello parecía una fiesta, una terrible fiesta telúrica. El fuego no fue dominado hasta muy entrada la tarde. Fue dominado en una pelea brazo a brazo, en un pugilato demoníaco, a bastonazos, como un monstruo de otro tiempo. Pero lo que más recuerdo es la alegría desbordada del final. Reunida a la sombra de los porches solariegos, aquellas muchedumbre fatigada se sacudió el sudor bebiendo hasta muy tarde, con las botas y botijos en lo alto, entonando canciones que eran como himnos ilustres, en honor de alguna divinidad ancestral. Toda la comarca olió a humo, a rastrojo, a ceniza y a vino durante largo tiempo. Por los senderos inextricables del bosque quemado, era imposible caminar sin encontrar las huellas de una misteriosa bacanal y de un triunfo.

En la vastedad del universo en que habitamos, el fuego, nuestro fuego, resulta un elemento de condiciones excepcionales. Los científicos están investigando y arañando en zonas en las que el fuego no existe. El "Mariner IV", en su impresionante expedición, nos trae la efigie de un astro sin fuego. Los hombres que vayan a la Luna o a Marte se encontrarán en un territorio inhóspito, que desconoce la llamada del fuego, que la habrá olvidado hace millones de siglos. El Sol, en cambio, alrededor del cual giramos todos por estas zonas, no es más que fuego ardiente. En mitad de la disyuntiva entre el fuego y el arrenal, está nuestra Tierra, en una zona histórica equilibrada que le permite encender y apagar a su antojo la luminaria. Es probable que en pocos lugares del universo se pueda gozar de semejante facultad. Señorear sobre este elemento es verdaderamente un don de los dioses. Los campesinos que consiguieron abatir las piras del bosque en mi niñez ejercían un poder de auténticos titanes. Ejercían un poder mitológico sobre una sustancia sobrehumana, hasta salir victoriosas de ella. En definitiva, cumplían un mandato excepcional y parecían atlantes o dioses.

Pero lo que aquellos seres acometían con remedios de urgencia y sin diferir de lo que otros hombres habían hecho en el curso de millares de siglos, ha obtenido hoy la certificación y los medios de los laboratorios. Unos sabios han llegado hace poco a la raíz del fuego, que puede ser observada a través de la óptica y dominada y encerrada en tubos de ensayo y en fórmulas matemáticas. Unos hombres de bata blanca son hoy auténticos señores del fuego, maestros de la luz y del calor, y pueden a su antojo desatarlo o mantenerlo en pausa.

El cúmulo de escrúpulos que azotó la conciencia de los primeros promotores de la experiencia atómica, las objeciones de conciencia que invadieron los ánimos de Oppenheimer o del piloto del avión que lanzó sobre Hiroshima la primera bomba atómica, no son más que la conciencia de haber llegado a un momento crucial en la historia del hombre y de la tierra: aquel en que, como dueño del fuego, un hombre puede por sí mismo encandilar o destruir el mundo.

Cuando ayer contemplábamos el espectáculo del monte en llamas pensábamos con terror en la orgía esquizofrénica de Nerón ante las llamas de Roma; pero en el acto aparecía en nuestro ánimo la turba radiante de los campesinos del Vallés, en una jornada muy lejana, que se desgajaban entre tragos de vino y cánticos, después de haber vencido y dominado el fuego.